

Bajo la sombra lejana de Russell

(Una conversación con Anthony Wedgwood Benn)

FELIPE MELLIZO

NO hará falta que les recuerde a ustedes que Holland Park Avenue ya no es lo que era. Limita al Sur con Kensington, cuyo idioma local predominante es, a lo mejor, el griego o tal vez el italiano con retozos de español. Al Norte limita con Notting Hill Gate, que los turistas conocen gracias al truco de Portobello Road y su mercadillo para incautos buscadores de plata —que casi siempre suele ser de la que cagó la gata—. En Notting Hill Gate hay un Caribe trasplantado y sus calles han sido alegremente ocupadas por rotundas ninfas o matronas callipigas de tez oscura, maduros mulatos de blancas patillas y jóvenes hercúleos como aquel Kunta Kinte de nuestros ensueños. El festival del barrio, año tras año, es una memorable ocasión para el calipso y las ensaladas de guantazos interraciales.

Pero también se habla español, casi siempre con acento gallego. Allí está, junto a la vieja iglesia del Tabernacle, el Centro Gallego, en un almacénote compartido con los emigrantes de Nigeria, en el que una vez dijo cosas memorables Celso Emilio Ferreiro, que ha dejado esto tan desierto desde que prefirió morir. En los paredones del barrio, los "grapos" pintaban sus cosas, los mozos y las mozas ibéricas buscaban y buscan una especie de libertad humilde en los rincones, los militantes vendían y venden "Mundo Obrero" y "El Socialista", y los directivos del Centro Español, vecino también, luchaban y luchan, mientras aquí levantamos altares a Carlos Ferrer o al "Lute", contra la presión xenófoba, violenta, de los hoteleros locales. Allí está también el Colegio Español, en Portobello Road, un viejo y bello convento que habrá que

anotar en el haber del señor Fraga para compensar su copioso "debe", y en el que ahora mismo hay profesores en huelga, medios escasos, una indignación permanente y una cierta tristeza. Holland Park Avenue ya no volverá a ser lo que era, ya les digo.

hombre inadecuado al tiempo y a su condición ideológica: es, al menos para las medidas de Margaret Thatcher, un "rojo". Para los adoradores españoles de la derecha británica, inasequibles al desaliento, es mucho más llevadero considerar

diera estar cambiando la estructura más profunda del partido y, hasta cierto punto, del país.

La casa de Tony Benn tampoco es ya lo que era. Su dueño la ocupa poco, por sus obligaciones parlamentarias en Bristol, y el tiempo ha dejado el jardincillo convertido en pequeño barbecho. La salita es melancólica. Hay libros, un busto pequeño de Lenin, y no sólo un arpa cubierta de polvo, como en los versos, sino también un piano y un contrabajo, un cuadro modernista con la imagen encantadoramente sórdida de "nuestro señor" Humphrey Bogart, algo de whisky, un butacón, tabaco de pipa. Es una salita fabiana, decorosa, de intelectual progresista a la inglesa. Bogart y Lenin le añaden, empero, un tono entre cosmopolita y mala sangre: Tony Benn es un liberado.

Me extiende un libro. "Arguments for Socialism".

—Es una recopilación de cosas más... No se distribuye hasta el día veinte de septiembre, así es que no escribas nada hasta entonces...

En el libro, entre otras cosas, se relata la extraña historia de su renuncia a la "nobleza". Era, ciertamente, una "nobleza" con escasas raíces divinas. Su padre, un ilustre político, liberal primero, laborista después, fue nombrado par del Reino poco antes de su muerte, cuando todavía no se había inventado el fascinante sistema británico de los "pares vitalicios", que, como los viejos chinos, no transmiten el título a sus herederos. Al recibir Benn el legado, fue expulsado, sin más trámites, de su escaño parlamentario por Bristol South East. Un noble no podía ser "común", faltaría más. Tampoco existía entonces (1961) un instrumento legal que permitiese a Benn la renuncia, así es que el hombre se vio



Tony Benn: "Es la experiencia de vivir lo que le lleva a uno hacia la izquierda".

Benn

En el número doce tiene su casa Tony Benn, del que ya les hablé a ustedes hace poco (TRIUNFO número 867). Se llamaba antes Anthony Wedgwood Benn, pero el matiz aristocrático del gentilicio doble le pareció al

que Tony Benn ni siquiera existe, aunque es un constante diputado laborista por Bristol, a costa de renunciar, con escándalo, a su condición de par, un ex ministro de carteras difíciles (Industria y Energía), y el líder casi indiscutible de una izquierda laborista que muy bien pu-

enzarzado en una batalla tremenda, promovió la legislación necesaria en una campaña tenaz y consiguió que el Gobierno McMillan introdujera la legislación necesaria para que un par pudiese convertirse en "impar" a su voluntad. Dice el propio Tony Benn que presentó su solicitud de renuncia unos minutos después de que el acta se aprobase en la Cámara. No tenemos más remedio que hablar, brevemente, de los aristócratas españoles que militan en partidos de la izquierda.

—Es la experiencia de vivir —dice— lo que le va llevando a uno hacia la izquierda.

Su propia experiencia no ha sido pobre. Combatió en Burma, como uno más del que fue llamado "ejército olvidado". Vio el trato dado a los africanos en los hospitales de Rhodesia. Se hizo muachacho cuando los "camisas negras" de sir Oswald Mosley interrumpían a estacazos los mítines obreros de los barrios portuarios londinenses. Incluso siendo ministro —y él mismo lo cuenta en uno de sus escritos— observó con pasmo que se le ocultaban los accidentes de las centrales nucleares o que se firmaban a sus espaldas ricos contratos para exportar esa tecnología a otros países. Fue aprendiendo y se fue acercando a la raíz. Haciéndose, quiero decir, radical.

—No... no es que yo desee capitanear una rebelión laborista contra la derecha y el centro del partido. No es una cuestión personal, ni es prudente personalizar, aunque comprendo que la personalización es útil para un periodista... De lo que se trata es de otra cosa, que tiene como fundamento salvar a toda costa la unidad y la disciplina del laborismo. Nada podría ser tan triste para la clase trabajadora británica como la ruptura. Lo que muchos, y no sólo yo, hemos visto, es la necesidad de reentroncar al partido con su base, recuperar su tradición netamente obrera, vigorizar sus relaciones con las Trade Unions, convertirlo en un instrumento poderoso para modificar profundamente el orden político-social del país



Benn es una víctima predilecta de la prensa londinense: o se le zahiere, o se exageran sus palabras, o se le silencia. Así se ha ido convirtiendo en un amenazador fantasma que ahora postula por una prensa sindical independiente.

y encaminarlo hacia formas democráticas reales.

Hablamos de esas "formas democráticas reales". El más poderoso caballo de batalla de Tony Benn es la idea de una democracia industrial basada en fórmulas de producción que al "establishment" británico le ponen los pelos de punta: las cooperativas, la creación de un gran organismo paraestatal que facilite, en los casos necesarios, el trasvase de la propiedad privada de los medios de producción a la propiedad nacional (lo que pudo haber sido y puede ser que sea el INI, fíjense), la fundación de medios informativos sindicales, obreros, que compensen los prejuicios conservadores de la gran prensa británica...

Le digo a mi interlocutor que hace ya años, cuando yo empezaba a salir de mi sueño dogmático, como cada quisque, me sorprendió el tono desahogado con que la célebre prensa inglesa lo trataba.

—Pues ahora —y se ríe— es todavía peor...

Nuestra charla coincide con la puesta en marcha de una "Campaña por la Libertad de Prensa", de la que Tony Benn es uno de los pro-

motores y que postula por la creación de un periódico sindical, entre otras cosas, para garantizar a las Trade Unions el pan y la sal que la gran prensa de Fleet Street, concentrada, salvo un par de excepciones, en pocas y doradas manos, les niega sistemáticamente.

—Para conseguir nuestras finalidades, la próxima conferencia anual del partido, que tendrá lugar el mes que viene en Brighton, será importante. Es posible que allí se plantee el principio de un giro esperanzador.

—¿Una reforma?

—En cierto modo...

Bueno, a raíz de los años treinta, el laborismo ha tenido tres reformistas. Gaitskell, el primero, que intentó conducir al partido hacia maneras que hoy calificaríamos de socialdemócratas. Wilson, el segundo, que intentó, y en buena parte con éxito, abrir el laborismo a modos más amplios, centristas en cierto modo, modernos en cualquier caso... El propio Callaghan ha sido un reformista, frustrado por las presiones internas, inflación, paro, y externas, el Fondo Monetario Internacional, el Mercado Común. Ahora tra-

tamos de crear caminos nuevos. Te insisto: la raíz histórica del laborismo no ha perdido su savia, y hay que conseguir que fluya para que contribuya a la creación de una sociedad más justa. Ahora mismo vivimos el experimento derechista de la señora Thatcher, pero todo puede ocurrir, incluso que el Gobierno conservador cometa errores decisivos.

Recojo la alusión al Mercado Común. Tony Benn es un enemigo incansable de la Comunidad. En su actual forma. Hizo cuanto pudo para conseguir el "no" en el referéndum por el que los británicos aceptaron su inclusión bajo el paraguas de Bruselas.

—Sí... Creo que es peligroso... No sé qué papel habrá reservado la CEE a España.

Los argumentos anti-mercadounionistas de Benn están escritos:

"La política industrial del Mercado Común se basa en un concepto muy simple y muy sabido: la supervivencia del más dotado. Crean que las empresas industriales están enzarzadas en una competición por el derecho a sobrevivir, una competición en la que se elimina al débil y se asegura la continuidad de los fuertes. La tarea de la Comisión es asegurarse de que nada interfiera esta competencia".

Y aun añade:

"El Tratado de Roma, que encarna el *laissez faire* como su filosofía y elige la burocracia como método administrativo, atontará cualquier planificación nacional efectiva sin crear los necesarios resortes supranacionales de planificación que garanticen el desarrollo y la justicia social bajo control democrático".

* * *

La larga conversación oscurece la tarde y el papel, como toda obra humana, es finito e implacable. Holland Park Avenue ya no es lo que era, pero sigue ofreciendo rincones arbolados. Bajo los grandes castaños —¿son castaños?— se pasea la que puede ser sombra de Russell, más sola y desvelada que la barquichuela de Lope. ■